



Revista No. 2
II semestre
Guayaquil, Ecuador
octubre 2020
ISSN: 2697-3596

La ciudad o la pregunta por la megamáquina

Patricio Landaeta Mardones

PhD en Filosofía

Grupo Interdisciplinario de Investigación Avanzada:
Patrimonio, Espacio Social y Desarrollo Territorial.

Universidad de Playa Ancha
patricio.landaeta@gmail.com

RESUMEN

Hablar de ciudad y ciudadanía parece un contrasentido si se consideran los distintos fenómenos que retratan la explosión de la forma urbana y el deslizamiento definitivo de los límites de lo público y lo privado. En lugar de ciudad, la megamáquina actual, en la que cada sujeto ocupa el lugar de una pieza entre otras, pareciera disolver el territorio para emplazar un único circuito de flujos a escala mundial. Sin embargo, los recientes movimientos sociales globales parecieran contravenir ese aparente destino, mostrando que, frente a la disolución de la ciudad por efecto de los poderes del mercado, la resistencia ciudadana emerge encendiendo focos locales de conflicto con impacto en la escena global y, así, haciendo proliferar la construcción de tejido social en la forma de un archipiélago.

PALABRAS CLAVES: ciudad, megamáquina, máquina, archipiélago.

ABSTRACT

Talking about the city and citizenship seems counterintuitive if one considers the different phenomena that portray the explosion of the urban form and the definitive slippage of the limits of the public and the private sphere. Instead of a city, the current megamachine, in which each subject occupies the place of one piece among others, seems to dissolve the territory allowing the development of circuit on a world scale. However, recent global social movements seem to contravene this apparent fate, showing that, in the face of the dissolution of the city due to the effects of market powers, citizen resistance emerges lighting local conflict with an impact on the global scene and, thus, proliferating the construction of social fabric in the form of an archipelago.

KEYWORDS: city, megamachine, machine, archipelago.

L'industrie a conduit à la pièce en série; les machines travaillent en collaboration intime avec l'homme: la sélection des intelligences se fait avec une sécurité imperturbable: manœuvres, ouvriers, contremaitres, ingénieurs, directeurs, administrateurs, chacun à sa juste place; et celui qui a l'étoffe d'un administrateur ne restera pas longtemps manœuvre; toutes les places sont accessibles. La spécialisation attache l'homme à la machine.

Le Corbusier, *Vers une architecture* (París: Flammarion, 1995)

El ocaso de la ciudad y el nacimiento de una nueva megamáquina

El ocaso de la ciudad no parece una metáfora cuando se constata la caída de los principales referentes que permitían forjar su definición conceptual y descripción en términos de experiencia sensible. En términos políticos, la idea del límite entre lo privado y lo público —o la propia distancia entre el espacio del hogar, lugar de la vida 'natural', y la ciudad, lugar de la vida 'buena'— se torna cada vez menos asimilable y más difícil de

sostener conceptualmente. Tampoco la idea de una esfera pública como ámbito de influencia y formación del ciudadano podría gozar de actualidad con el salto de los *mass media* (mediaciones de la información) a las redes sociales (inmediatez de la experiencia). Igualmente, el crecimiento exacerbado de distintos centros urbanos en África, Asia y América Latina difícilmente permitiría concebir la ciudad como un ensamble orgánico, sumando a ello la carencia de servicios básicos para miles de habitantes de las grandes periferias. Junto a esto, el vaciamiento simbólico de los centros históricos convertidos en postales turísticas y la preponderancia que han adquirido los márgenes ricos y pobres hacen que el derecho a la circulación pueda parecer en ocasiones para los usuarios más importante que el derecho a la ciudad.¹ Desde el punto de vista geopolítico, la negación de las distancias y la supremacía de las tecnologías de transporte y comunicación han creado vecindades desterritorializadas y, con ello, distancias y conexiones atópicas que fuerza a repensar ficciones naturalizadas como comunidad, pueblo o memoria. En efecto, la casi ausencia de vida barrial, organizada comúnmente en los suburbios obreros alrededor del taller, la fábrica o cualquier otro trabajo industrial, ha hecho desaparecer lugares y actividades de encuentro para miembros de una misma clase, fenómeno que ha contribuido a atomizar la vida cotidiana y cercar la movilidad de los individuos en un circuito cerrado que une el espacio privado del hogar, el trabajo o la escuela y los centros de consumo. Paralelamente, el carácter subordinado de

1 El derecho de ciudad —escribe Henry Lefebvre— «legitima la negativa de dejarse apartar de la realidad urbana por una organización discriminatoria y segregativa». Lefebvre. *Espace et Politique, Le Droit à la ville II*, (París Económica, 2000): 22. El derecho de ciudad es el ruido incontenible de la ciudad 'frente' a lo urbano, la resistencia de la singularidad a la homogeneidad descarnada, la dislocación del reparto del espacio que erige una memoria amnésica. Lo urbano, contra la ciudad, opera fragmentando la memoria del lugar habitado en una miríada de memorias inconexas, evitando, por ese camino, encuentros y conflictos.

los estados al mercado mundial hace que las grandes ciudades compartan problemas semejantes de segregación social y sobre todo racial. Testimonio de este fenómeno es que las capitales comparten los mismos escaparates que reflejan las ‘distintas clases’ de ciudadanos según se comprenda su acceso desigual de consumo. En lugar de figurar como la cabeza del estado y sus instituciones, la capital se erige como el centro que disuelve toda traza identitaria en un intento desesperado por parecerse lo menos posible a sí misma, por borrar la memoria del lugar y, con ello, el recuerdo del conflicto que hace imposible la sutura de la herida que divide a la población entre ciudadanos y multitud informe.

Pareciera, entonces, que la ciudad histórica no sobrevive más que como el fantasma del nombre propio, rostro o fachada de una identidad devenida mercancía para el ciudadano-consumidor o para el turista por acción de los rentistas del patrimonio. En contrapartida, en sus restos se erige el territorio en red de la *screen-city*, megamáquina² hecha de fragmentos de asfalto, carne y algoritmos que aseguran el contacto interesado de individuos que viven colectivamente aislados para renacer como meros activistas en el ágora virtual. En efecto, las principales características de la *screen-city* son hallarse habitada por una multitud fragmentada, forzosamente nómada —con una población en aumento y constante movimiento, arrastrada por olas de migraciones producto de la guerra, el narcotráfico, el hambre o la devastación ecológica— que es administrada por una policía del nuevo orden mundial que protege la normal

2 En lugar de un artefacto técnico, la megamáquina de Lewis Mumford refiere a la máquina humana, arquetípica del antiguo Egipto, mediante la cual fue posible organizar el trabajo y el saber en la construcción de las pirámides. En esta primera megamáquina, los humanos figuran como piezas junto a las herramientas y animales para realizar una obra comandada por una cúpula pequeña ocupada de controlar y consumir. En efecto, las máquinas modernas, que apenas necesitan supervisión, están ya implícitas en el modelo abstracto que ofrece la primera megamáquina (373), así como en los conflictos que emergen de su propia rigidez. Cfr. Lewis Mumford. *El mito de la máquina. Técnica y evolución humana* (Logroño: Pepitas de Calabaza, 2010).

circulación de ciudadanos de primera clase y mercancías de todo tipo, y reprime focos de resistencia, asegurando así la buena salud de los estados nacionales que sirven de soporte al mercado mundial o transnacional. En ese contexto, cabe recordar la existencia de estos órdenes heterogéneos de la subjetividad: el de la «servidumbre maquina» y el de la «sujeción social».³ El primero indica que a lo largo de la historia de la forma urbana los seres humanos han formado parte de máquinas sociales junto a otras piezas o partes no-humanas. El segundo, en una dirección contraria, señala que a partir de la modernidad los hombres devienen propiamente individuos o sujetos de acuerdo con su rol en el aparato productivo. Para estos individuos el mundo no humano deviene exterior, pudiendo servirse como usuarios u obreros de determinadas herramientas o máquinas técnicas en cada contexto productivo. Este análisis goza de plena vigencia, principalmente cuando reparamos en el modo en que la vida cotidiana no solo se halla penetrada por diversas máquinas técnicas que nos asisten en pensar, hablar, ver, etc., sino que somos producidos y reproducidos como ‘dividuos’, banco de datos que alimentan las plataformas que operan a través de internet para instalar una «gubernamentalidad algorítmica».⁴

Contra el urbanismo

La concepción del urbanismo en el siglo xx estuvo asociada a la irrupción de la máquina como modelo de organización y relación social en el capitalismo de entreguerras. En ese sen-

3 Gilles Deleuze y Félix Guattari. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* (Valencia: Pretextos, 2000): 461.

4 Pablo Rodríguez. *Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas* (Buenos Aires: Cactus, 2019): 356.

tido, la megamáquina actual pudo encontrar asiento en gran medida gracias a la concepción de la ciudad como máquina impulsada por el urbanismo moderno, uno de los principales motores de la despolitización de la producción del espacio. En efecto, para uno de los principales artífices del urbanismo moderno, Le Corbusier, la máquina condiciona el espíritu⁵ en tanto expone un ejemplo preclaro de la pureza de las funciones de un cuerpo organizado. Sin embargo, la pureza y simpleza de la máquina no imita la organización del cuerpo humano, sino que la regula, le dona una imagen en la que reflejarse. Por este medio, la máquina enseña a la humanidad el camino para liberarse de las necesidades.⁶ Por ello, en esta época, el urbanista no puede mirar al pasado sino aprender de los ingenieros del presente.⁷ En ese sentido, el problema de las ciudades para Le Corbusier consiste en no realizar efectivamente su destino de máquinas; en no llegar a constituirse en verdaderas máquinas capaces de replicarse en todo el mundo, cubriendo de esa manera las necesidades de la humanidad. Por ello es fundamental evitar a toda costa la irrupción azarosa, el conflicto, o incluso la espontaneidad de la acción humana. Precisamente, toda la energía crítica de Le Corbusier y el movimiento moderno se concentra en demoler las bases de la concepción social de la ciudad. Contrariamente, el ideal es promover lo urbano como centro dinámico para el aislamiento colectivo, evitando la contaminación de la armonía, de la buena circulación.

Marcel Roncayolo señala que, aun cuando la ciudad se defina por el carácter político descrito por la acción de una comunidad sobre un lugar individualizado y topográficamente distintivo, la emergencia de un mercado mundial hace

5 Le Corbusier. *L'art decortatif d'aujourd'hui*, (París: Arthaud, 1980): 110–111.

6 Le Corbusier. *L'art decortatif d'aujourd'hui*, 42.

7 Le Corbusier. *Vers une architecture* (París : Flammarion, 1995): 6.

que la ciudad pierda relevancia ante la urbanización del territorio puesta en marcha por el capitalismo.⁸ El correlato de esta urbanización es el predominio de los flujos y la pérdida de espesor de todo lugar, reducido a espacio de la circulación. Massimo Cacciari cuestiona en esa dirección la utilidad que puede tener actualmente la noción de ciudad para afrontar y contestar la imposición planetaria de una única forma *urbis*, manifiesta en una creciente homogeneidad que borra la identidad de todo lugar concreto y, por ende, la ‘condición de posibilidad’ de la ciudad y su arraigo espacial.⁹ En ese sentido, Cacciari y el geógrafo Michel Lussault coinciden en sostener que no es ninguna vuelta nostálgica a la ciudad, ni tampoco ninguna huida hacia el futuro donde hallaremos respuesta a este problema. Para Lussault es importante antes que todo hacer notar, en el funcionamiento del territorio global, cómo se combinan una desterritorialización relativa y un paulatino encierro; un control o filtraje de los movimientos permitidos y un particular enclaustramiento de los individuos, voluntario en los grupos de mayores ingresos insertos en las *gated communities*, e impuesto a los pobres confinados en la periferia de las villas miserias o favelas, en función de la seguridad y normal circulación de ciudadanos de primer orden y mercancías.

Este diagnóstico fue planteado en otros términos por la Internacional Situacionista a finales de los años sesentas en Europa. Con la idea de construir un urbanismo unitario, se intentó confrontar el uso del territorio en el capitalismo para penetrar en el mecanismo de la producción de la vida alienada y contrarrestar la despolitización del ciudadano y su reducción a espectador pasivo. Lo esencial era resistir a la aneste-

8 Marcel Roncayolo. *La ville et ses territoires* (París: Gallimard, 1997): 31.

9 Massimo Cacciari. “La ciudad-territorio (o la post-metropoli)”. *Planos de intersección. Materiales para un diálogo entre filosofía y arquitectura* (Madrid: Lampreave, 2011): 33-35.

siada vida cotidiana en la metrópolis construida sobre la base de la segregación social, convirtiendo el territorio en un laboratorio en que fuese posible diagnosticar las estrategias de dominación y entrever tácticas de subversión contra la acción del mercado en el espacio de la ciudad.¹⁰ En breves términos, a partir del urbanismo unitario, se confronta el condicionamiento de la vida social en la metrópolis capitalista, definida por el confinamiento de los individuos en un aislamiento colectivo provocado por el consumismo.¹¹ Asimismo, se combate con denuedo la arquitectura funcionalista que habría contribuido a gestar las condiciones del aislamiento colectivo. Igualmente, se proyecta una ‘utopía posible’, como alternativa a los cementerios de hormigón armado donde los sujetos viven alienados. En *La sociedad del espectáculo* Guy Debord desarrollará en profundidad las críticas al dominio total de la vida y la pérdida de la unidad del mundo en el capitalismo, para mostrar la mutua dependencia de la creciente abstracción territorial y geográfica (nihilización del espacio) y la abstracción que rige la vida social (espectáculo),¹² y destacará, como contraparte, que la respuesta a esta crisis sin precedentes solo puede provenir de una apropiación colectiva creativa de los medios de producción del espacio, y no de los especialistas y profesionales de su gestión.

En efecto, podría decirse que existe una creatividad que surge ‘desde abajo’, para contestar el individualismo, la discriminación y segregación urbana, el monolingüismo económico y la devastación ecológica. Esta es la creación artístico-subjetiva que tiene en mente Félix Guattari y que es esencial tener en cuenta en el momento de proponer algu-

10 Henri Laborit. *L'homme et la ville* (París: Flammarion, 1971): 161.

11 Attila Kotanyi y Raoul Vaneigem. “Programa elemental de la oficina de urbanismo unitario”. *Internacional Situacionista* (6), Vol. 1, *La realización del arte* (Madrid: Literatura Gris, 1961).

12 Guy Debord. *La société du spectacle* (París: Gérard Lebovici, 1971): 133-134.

nas alternativas frente a la reducción del ciudadano a mero consumidor pasivo. La acción artística, comprendida desde la renuncia a la genialidad del creador solitario, es capaz de mostrar nuevos horizontes de referencia en un mundo sometido a los poderes de la segregación y el empobrecimiento del tejido social. Al mismo tiempo, esta es también portadora de un poder corrosivo y destructor, vehiculando un vector de conflicto que es esencial a la democracia y a su examen constante: si la antigua *stásis* en la *pólis* griega era la manifestación del poder de romper con toda autoridad basada en la sangre o la riqueza, la acción artística, por su parte, tomada como fuerza colectiva, tendrá a su turno el poder de disolver la identidad impuesta, el falso ‘nosotros’ del pueblo representado en el espectáculo. En ese sentido, el arte no es un mero accesorio. La intervención del arte puede comprenderse como un elemento que media entre la cooperación y el conflicto para constituirnos como pueblo por venir. En otras palabras, el arte congrega sin pretender resolver la tensión que le es connatural o esencial a la existencia social. Reúne, pero manteniendo siempre una distancia, un vacío que confronta la aparente plenitud de la comunidad que forma el pueblo para el Estado. En otras palabras, el arte siempre trata del pueblo, pero de un pueblo en formación, de un pueblo que por definición todavía no llega, y que en el fondo no puede llegar, en la medida en que la segregación y la separación son connaturales a una sociedad fundada en el interés. En efecto, la manera en que el arte apela a un pueblo es resistiendo a su representación consensual: resiste a la representación abstracta de la igualdad ciudadana, que solo es válida en la medida en que abjure de toda perturbación del *status quo*, no menos que adhiriéndose a la complaciente fraternidad del ‘nosotros’ de la opinión pública, fundada en la competencia y el individualismo.

Archipiélago de la multitud

La actual megamáquina nos fuerza a considerar la transformación histórica de la ciudad y las prácticas ciudadanas desde una perspectiva transdisciplinaria si pretendemos erigir una concepción operativa.¹³ La dinámica urbano-territorial de la postciudad se caracteriza por poner en juego dos funciones de signo inverso pero inseparables: por un lado, el territorio se perfila en la función de situar y dotar a los individuos de un repertorio de movimientos bien acotados que animan su vida cotidiana. Esta función podría denominarse función de em-plazamiento, en la medida en que recae sobre esta la tarea de asegurar la continuidad ascendente en el tránsito de los sujetos por distintos espacios sociales, sin mediar voluntad o contra la propia voluntad y espontaneidad individual; por otro lado, el territorio es el sitio que ocupamos, que comenzamos a vivir de 'otro' modo, desde el momento en que franqueamos el umbral del espacio familiar. En ese tránsito hacia el afuera se nos revela que el espacio urbano, junto con servir de asiento a determinados servicios y funciones, es el lugar construido fragmentariamente a partir de las prácticas más o menos espontáneas de los individuos que conforman en conjunto un espacio colectivo que no preexiste a nuestra acción espontánea. A esta función podría llamarse función de des-plazamiento, entendiendo que acoge el ámbito espontáneo de las prácticas colectivas que contestan y hasta transgreden la continuidad ascendente que posiciona al espacio urbano como un apéndice o derivado de la casa familiar. En efecto, el escenario de la postciudad, en tanto dinámica urbano-territorial, podría comprenderse como el cruce de la función que nos 'emplaza'

13 Andrea Cavalletti. *Mitología de la seguridad. La ciudad biopolítica* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2010); Michel Lussault. *De la lutte des classes à la lutte des places* (París: Grasset, 2009); Thierry Paquot. *L'urbanisation c'est notre affaire!* (Nantes: L'Atalante, 2010).

y que a la vez nosotros ‘desplazamos’ en la acción de apropiarnos de nuestra existencia colectiva. No obstante, en ese marco de libertad aparente, nos encontramos a merced de un poder que ya no persigue exclusivamente disciplinar nuestros cuerpos, sino controlar la totalidad de nuestra existencia, sin necesidad de hacer uso en todo momento de mecanismos de coerción, creando los medios para prever nuestras acciones y modelar nuestros deseos.

Sin embargo, los movimientos sociales globales de 2019, junto con desnudar demandas locales de la ciudadanía, lograron de una vez organizar el malestar más allá de las formas de representación tradicionales, mostrando que otra democracia era posible y, sobre todo, necesaria, y llegaron esta vez a combatir el núcleo duro de la imagen neoliberal: la identificación del ciudadano con el emprendedor. Esta representación se alimenta de tres dogmas que pretenden estar más allá de toda opinión e ideología y, por ende, parecía no ser posible interpelarlas. Estos tres dogmas son: 1) la supuesta primacía del individuo y de los valores individuales y familiares, que estarían más allá de las necesidades sociales y colectivas; 2) la virtud indiscutible de la competencia como elemento privilegiado para la organización de la sociedad, que permitiría que las mejores ofertas dirigiesen el mercado y que los mejores y más preparados políticos nos gobernarán; y, 3) la pérdida definitiva de los lazos territoriales y, como correlato de esta pérdida, el rechazo de la vida ciudadana, emplazada en un lugar concreto. A partir de esta tríada se afirmaba que los ciudadanos no son más que elementos en pugna de una sociedad atomizada o dividida, únicamente unida por intereses que concurren en un mercado ampliado, que regula la economía de las necesidades y los deseos, y, que, a su vez, determina el modo como se gestionaba el espacio que habitamos. En las postrimerías de la modernidad, en efecto, parecía que presen-

ciábamos la superación definitiva de la ciudad como lugar de relación, vale decir, de conflicto y cooperación, reduciéndola al no-lugar de la circulación de flujos de distinta índole (flujos de dinero, sujetos y deseos). En lugar de comunidad, únicamente era posible distinguir una multitud de individuos que vivían colectivamente aislados, dado que el único vínculo real consistía en el vínculo de la competencia. Por esta razón, cada sujeto poseía el mismo estatuto de una mercancía tranzada en un mercado ampliado que diluye los límites reales del territorio.

Hay que destacar que esa situación no viene impuesta desde ‘arriba’. Existe un deseo reactivo evidente ante todo movimiento que busque inventar nuevas formas de vida, una reacción que defiende la normalidad del trabajo explotado y del sacrificio diario. Ese deseo reactivo es clave para entender cómo es posible que los propios individuos obedezcan y perpetúen una economía del deseo que amenaza con destruir la existencia social y política, y, al mismo tiempo, la vida en su conjunto sobre el planeta. En efecto, el deseo reactivo es aquel que intenta defender y conservar la experiencia vital en la forma en que la vida se halla anclada al presente. No se trata de un mero capricho. Este presente es vivido como el único mundo posible por sujetos que se aferran, sirven y defienden el mundo en su configuración actual.¹⁴ Por esto es fundamental plantear una pregunta básica para el momento en que vivimos: ¿cómo intentar combatir ese deseo reactivo que puede nacer en cada uno de nosotros? Lo primero es asumir que no hay recetas para vivir de otro modo, no hay nada preparado prefabricado y dispuesto como un instrumento de cual podemos servirnos. En una palabra, lo que hagamos hay que inventarlo, crearlo como una nueva atmósfera para la vida.

14 Suely Rolnik. *Esfemas da Insurreção. Notas para uma vida não cafetinada* (São Paulo: n-1 Edições, 2018).

Frente a esta situación, no obstante, los movimientos sociales globales, haciendo efectiva la democracia como espacio para el disenso, vinieron a mostrar que la superación de la ciudad y la ciudadanía, no era un mero relato ideológico: algo había en nuestros cuerpos, en la manera en que ocupábamos la ciudad, que atestiguaba su efecto e influencia sobre todos y cada uno de nosotros. Por ello, para generar un cambio, para afectarnos de otro modo, tuvieron que modificar nuestras conductas ocupando de otra manera el espacio, sacándonos del letargo de la depotenciada vida de la competencia y el emprendimiento. Es por ello que cualquier intento de comprender en nuestro presente la disrupción generada por los movimientos sociales, con un alto grado de apoyo ciudadano, no debiese pasar por alto que, renovar/repensar el ejercicio de la democracia implica pensar/criticar el modo en que se agencia la vida social en las condiciones actuales de la ciudad. ¿Qué lazos comunitarios se pueden establecer partiendo del hecho de la existencia de una multitud atópica, anorgánica y anárquica, vale decir, que no posee un lugar para echar raíces, que no forma un todo orgánico como el pueblo y que no posee ninguna autoctonía? Los lazos que unen la multitud se experimentan como conexión de fragmentos heterogéneos, que no alcanzan ninguna forma definitiva ni dan lugar a ninguna unidad superior, a ningún organismo que permitiría restaurar la unidad de pueblo y la ciudad, supuestamente perdida. En efecto, la comunidad que constituye la multitud se experimenta como una conexión de fragmentos que no alcanza ninguna forma definitiva, que no da lugar a ninguna unidad superior, a ningún organismo. Puede afirmarse que esta comunidad posee la forma de un archipiélago que reúne aproximando en lugar de reunir mezclando y disolviendo en un pueblo homogéneo las diferencias que lo componen. En efecto, la comunidad no totalizada de aquellos privados de comunidad, desplazados y desarraigados de su tierra o pueblo natal renueva la creencia en este mundo,

la sola capaz de crear formas de sentir y pensar; de crear otros afectos vinculados a nuevas posibilidades de vida.

Bibliografía

- Cacciari, Massimo. “La ciudad-territorio (o la post-metropoli)”. *Planos de intersección. Materiales para un diálogo entre filosofía y arquitectura* (Madrid: Lampreave, 2011).
- Cavalletti, Andrea. *Mitología de la seguridad. La ciudad biopolítica* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2010).
- Debord, Guy. *La société du spectacle* (París: Gérard Lebovici, 1971).
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* (Valencia: Pretextos, 2000).
- Kotanyi, Attila; Vaneigem, Raoul. “Programa elemental de la oficina de urbanismo unitario”, *Internacional Situacionista* (6), Vol. 1, *La realización del arte* (Madrid: Literatura Gris, 1961).
- Laborit, Henri. *L’homme et la ville* (París: Flammarion, 1971).
- Le Corbusier. *L’art decortatif d’aujourd’hui*, (París: Arthaud, 1980).
- Le Corbusier. *Vers une architecture* (París : Flammarion, 1995).
- Lefebvre, Henri. *Espace et Politique, Le Droit à la ville II*, (París Economica, 2000)
- Lussault, Michel. *De la lutte des classes à la lutte des places* (París: Grasset, 2009)
- Mumford, Lewis. *El mito de la máquina. Técnica y evolución humana* (Logroño: Pepitas de Calabaza, 2010).
- Paquot, Thierry. *L’urbanisation c’est notre affaire!* (Nantes: L’Atalante, 2010).
- Rodríguez, Pablo. *Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas* (Buenos Aires: Cactus, 2019).
- Rolnik, Suely. *Esferas da Insurreção. Notas para uma vida não cafetina-da* (São Paulo: n -1 Edições, 2018).
- Roncayolo, Marcel. *La ville et ses territoires* (París: Gallimard, 1997).